

ALGUIEN LLAMADO LICANCABUR

Alumnos: Francisco Aros F.

Claudio Galeno I.

*Prof. Tutor : Rolando Meneses C.

INTRODUCCION

¿Existen centros ceremoniales prehispánicos en el ámbito del Salar de Atacama?

Al hallarnos en México, inmersos en una cultura con vastos antecedentes prehispánicos, ocurrió el contacto por la experiencia en sus ruinas, más bien sus centros ceremoniales. Nos regalaron la suerte de evidencia materializada de «su» manera de enfrentarse al mundo.

Es en los centros ceremoniales donde ésta se funda, según un planteamiento que tiene su origen desde una visión mágico-religiosa nacida, en este caso, en Mesoamérica, sin influencias occidentales, capaz de configurar espacios, significados mágicamente por América. La potencia de ser develados que poseen los asentamientos religiosos mayas y aztecas, nos llevaron a la posibilidad de

que el encubrimiento americano, mantuviera oculta en el desierto la materialización cosmovisional de nuestros atacameños prehispánicos.

Siendo posible a través de ellos develar el procesos conducente a la arquitectura, apoyándose en el mundo invisible existente hoy, como reminiscencias prehispánicas. Encontrando un modo atacameño propio de enfrentarse a la problemática de la arquitectura. Desde una visión pura, en su americanismo, y que como consecuencia debería regalar espacios que son en su origen producto del Salar de Atacama.

El aporte de la investigación estaría en construir un marco teórico-conceptual de modos americanos de enfrentarse al territorio andino, maneras propias, nacidas en estos ámbitos, sin influencias europeas.

Reflexionando en torno a

la manera propia de como debemos enfrentarnos a nuestro territorio, con los planteamientos arquitectónicos presentes y futuros, respaldado por los procesos del intelecto nativo que se materializaron en nuestra América encubierta.

EL LICANCABUR

Volcán apagado de 5916 m.s.n.m., de forma cónica, con pendiente abrupta, pues no tiene aún su ángulo de asentamiento definido. Contenido dentro de la estructura de cerros de la Cordillera de los Andes, límite que define el borde este del Salar de Atacama.

Ubicado en la latitud 22°55' sur y longitud 67° 50' oeste. Su nombre en idioma Kunza significa «Pueblo de Arriba», según Le Paige, o «Cerro del Pueblo», según Rudolph. «(...)el Licancabur no es algo, es alguien».

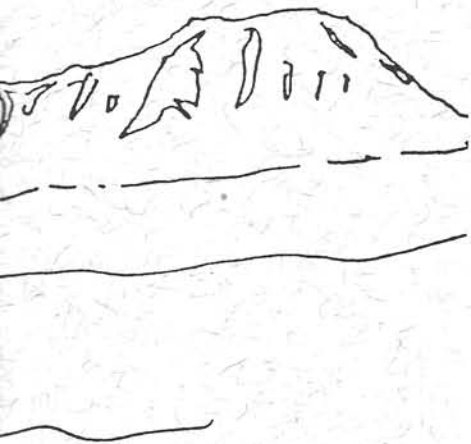
Borchia Nigris

Reflexionando en torno al peregrinaje dramatizado por la hermenéutica de la aventura, dilucidamos muchas de las dudas que comparecieron en regalo, durante el tránsito.

Las construcciones ceremoniales del Licancabur son de origen incaico, por las evidencias de ocupación halladas en él. Debe haber sido construido en el período en que los incas incorporaron al salar dentro de sus dominios, o sea, la segunda mitad del siglo XV según Ana María Barón.

Este centro hace parte de una serie de santuarios en altura, más bien quince que definen el vacío superior del salar, a la vez esta trama se prolonga hacia el norte, llegando hasta el Pichu Pichu en Perú y hacia el sur rematando allí, en el cerro el Plomo en Chile.

Guiándonos por los plan-



RELACION CON EL ENTORNO

El conjunto de construcciones, dispuestas en las distintas alturas del volcán, están emplazadas hacia el territorio boliviano, donde una suerte de laguna a aproximadamente los 4300 m.s.n.m., sostiene el vacío delimitado por los cerros y volcanes en-torno suyo. Este ámbito está a escala del territorio, oculto del Salar del ámbito de los atacameños.

La Laguna Verde es el soporte de la vida puneña, laguna salada y teñida de minerales, poblada de parinas rosadas en aguas verdes, dualidad en colores complementarios.

Desde la concavidad de la laguna se presenta el Licancabur, en exposición dramática, en su falda una gran meseta arma una base sobre la cual el volcán se sostiene, presentándose.

La posibilidad de alcanzarlo, sólo se expone, en una grieta, una fisura en el basamento, fisura con accesibilidad contenida, el territorio allí regala un trabajo de piso en piedras, una gran escalinata en la grieta. Por medio de ella se accede al «Pueblo del Licancabur», que sólo se percibe en el momento que el vacío, este que sube por la grieta, gira y regala la visión de la gran quilla del volcán.

Quilla que viene desde la cumbre y que remata en un gran vientre inmerso en una hondonada, que surge de la silla entre el Licancabur y el Juriques, vacío que se intercepta con el de la grieta.

Es en esta intersección,

donde se emplaza el patio central del «Pueblo», suerte de rótula, articulación del espacio que rescata la visión contenida de Laguna Verde y se enlaza simultáneamente al cerro. Aportando en la configuración de este eje torcido, la presencia de otra intervención inca aislada, exactamente en la base de este vientre del volcán, que enlazado visualmente a la articulación, cumple su rol, significando esta quilla que se asoma hacia el «pueblo».

EL COMETIDO

Este es el mayor centro ceremonial en altura del territorio andino chileno-boliviano. Un cuarto del volcán está contenido en Bolivia, estando situado en este sector el denominado «Pueblo del Licancabur» a 4500 m.s.n.m. y los «recintos sacerdotales» que están a 4900 m.s.n.m. mas tres pausas con construcciones en la ascensión hacia la cumbre. Generan entre ellas, en conjunto con las huacas de la cumbre, el diálogo del hombre con este volcán y mediante el hecho arquitectónico materializado, expone el rito y explicita las cosmovisiones, existencializándose en las alturas.

Pareciera que el cometido del primer conjunto de estructuras, el de la base, fue tambo y ciudad ceremonial simultáneamente. Los devotos de los cultos se congregaban allí para danzar y cantar en esta gran infraestructura configurada por más de 150 estructuras, ordenadas en base a un gran patio central rectangular, donde seguramente realizaban sus ritos, así como ocurre en la Plaza de la Tirana durante sus fiestas.

Las construcciones están elaboradas en una mampostería de piedras planas, sin mortero, definiendo muros de un espesor aproximado de 80 cms., y con alturas variables que alcanzan en las partes más altas los 2 m. y en otras, las más bajas y que aún conforman unos extraños recintos, dentro de los que están en la falda que desciende entre el Juriques y el Licancabur, poseen cerca de 90 cms. de altura, con dintel de piedra incluido. Estas construcciones mínimas se asemejan a las del «Conjunto Adoratorio» en las ruinas maya de Tulum, en el Caribe mexicano. En este conjunto, el «Pueblo», no existen las modeladas huacas, que fundan las cumbres de los volcanes.

No habitaban en el «Pueblo» permanentemente, sólo en los días que se realizaban fiestas religiosas, que podrían haber sido en los días equinocciales y solsticiales, marcando los ciclos con las masivas peregrinaciones desde distintos lugares del entorno circundante. Según Serracinos, provenían de lugares como Turi, Topain y Panire.

El ser tambo, le regalaba un permanente tránsito de caravanas de llamas, cargadas con productos provenientes de pueblos lejanos, que probablemente pausaban aquí para dirigirse con posterioridad al gran tambo de Catarpe. Siendo lugar del encuentro entre los que están de paso y los que se asientan transitoriamente.

Según Lautaro Núñez, las construcciones colindantes podrían haber pertenecido a funcionarios y dignatarios, por su mayor jerarquía, además

teamientos de Borchia, son en su minoría los centros en altura de origen incaico, siendo el Licancabur uno de ellos, pero existiendo la posibilidad de que haya existido con anterioridad uno de origen atacameño, que fue replanteado, pasando el Camino del Inca por sus faldas. Además es un volcán que desde San Pedro de Atacama y desde el pukará de Quitar, es un hito simbólico que realmente domina, por la forma piramidal y por su acción de asomo hacia este principio del salar.

«Los horizontes que contiene al valle de Atacama definen dos puntos a lo largo de todo su contorno, estos son el cerro Quimal y el volcán Licancabur. Son significativos tanto desde el punto de vista de la imagen del paisaje así como también de la perspectiva simbólica cultural del pueblo atacameño especialmente de las ideas míticas religiosas.»

Robert Maizares F.

de algunas con el propósito de almacenamiento.

Hacia el sur de la gran estructura, se encuentra una gran cantidad de construcciones, recintos menores aislados, en grupos de dos o tres. Se acomodan en esta falda rocosa que baja desde la silla, integrándose y mimetizándose por estar hechas con piedras del mismo cerro.

Totalmente integradas a la manera de existir a 4500 m. de altura. Acomodadas como la llareta que se protege de la exposición a los vientos en esta misma pendiente, expuesta al sol y oculta del frío viento de alta puna. Llareta

y recintos habitacionales coexisten en un mismo ámbito. La manera de fundar cobijado y las dimensiones mínimas de los espacios, nos rectifican el haber sido habitaciones transitorias, no lugares permanentes, en cada uno de estos espacios podrían haber reposado dos cuerpos, en algunos sólo uno, suerte de muebles interiores, cáscaras de piedra.

A 200 m. más arriba hacia el oeste, como remate de la gran quilla que comienza en la cima, continuando con la falsa cumbre y bajando de manera escarpada y rocosa hasta echarse en un vientre telúrico, se sitúa una construcción aislada del conjunto

del «Pueblo», pero próxima y dominando desde su lejanía. Es una construcción nuclear, dos anillos, uno conteniendo al otro. Lugar con gran jerarquía, por sus dimensiones y por significar esta gran quilla del Licancabur. Totalmente integrada al orden del cerro y supervisando las actuaciones de los devotos en el gran patio del pueblo, como enviado del Licancabur y sostenido desde lo alto por este gran brazo que tutela.

Desde el gran patio se observa, en Septiembre y Octubre, cómo la constelación andina del Felino Relampagueante, «Choquechinchay», desciende hacia la cumbre. Seguramente si estaban allí los incas realizando un rito por el equinoccio, en el 21 de Septiembre, inmediatamente al atardecer, el felino se les presentaba, existencializando el lugar y exponiendo de esa manera los ciclos de territorio.

RITOS : ASCENSION Y CUMBRE

«(...) Para subir hay que tener no sólo fuertes piernas, sino grandes pulmones y el corazón de una voluntad inclaudicable. Son algunos miles de metros sobre el nivel del mar los que hay que alcanzar».

*«La leyenda del cerro Chilique»
Domingo Gómez Parra*

Como ya hemos comentado, los peregrinos se congregaban en la base del volcán, donde aparte de los espacios destinados para los ritos y para el cobijo, existían algunos para los sacerdotes, que coordinaban la suerte de fiesta-mercado que podría haber ocurrido, situación que

es propia de los lugares sagrados y que nos reitera Alcina al definimos las condiciones que poseen los centros ceremoniales precolombinos.

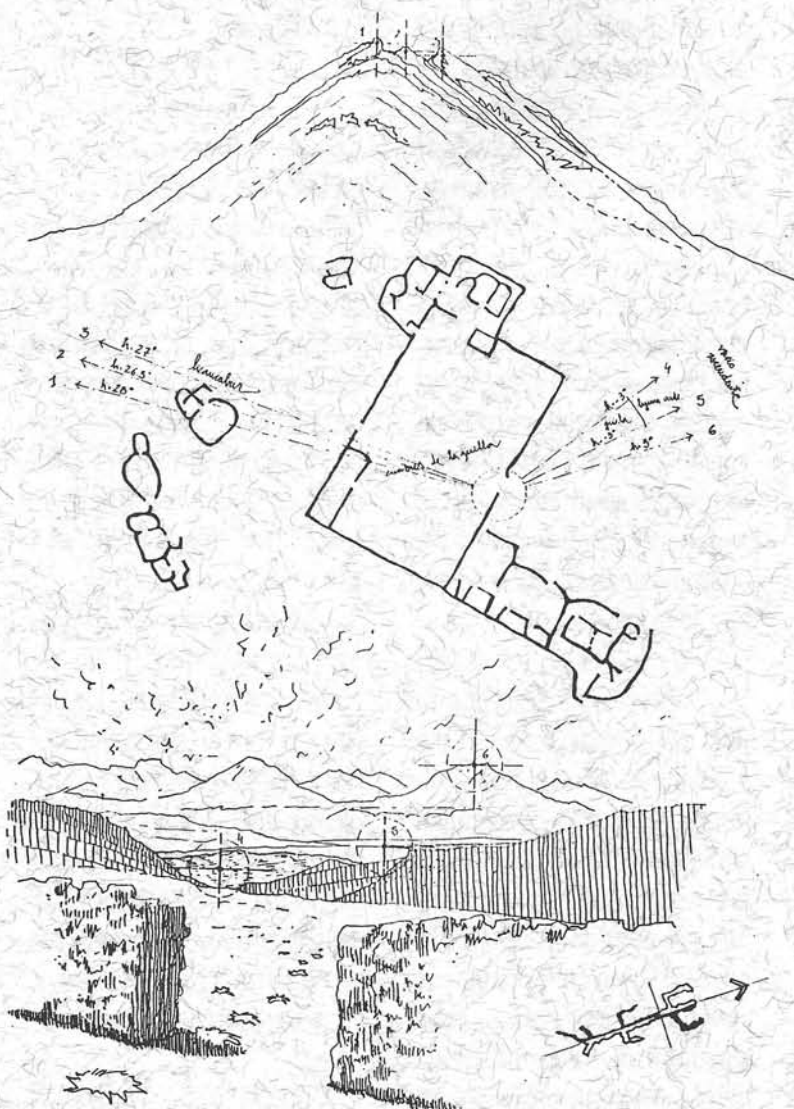
La reunión masiva se mantenía en el vacío perteneciente al hombre, mientras los chamanes ascendían hacia la cumbre, en ritual, por el camino del inca que conducía hacia la cima, con paradas intermedias. Estas paradas, más bien eran cuatro pausas intermedias antes de llegar a la cumbre, que son los lugares donde se verificaron los recintos habitacionales o refugios. Plantean que los grupos ascendentes, se disgregaban durante el tránsito a la cumbre, disminuyendo en número, seguramente manteniéndose en las pausas que regalaban las estructuras.

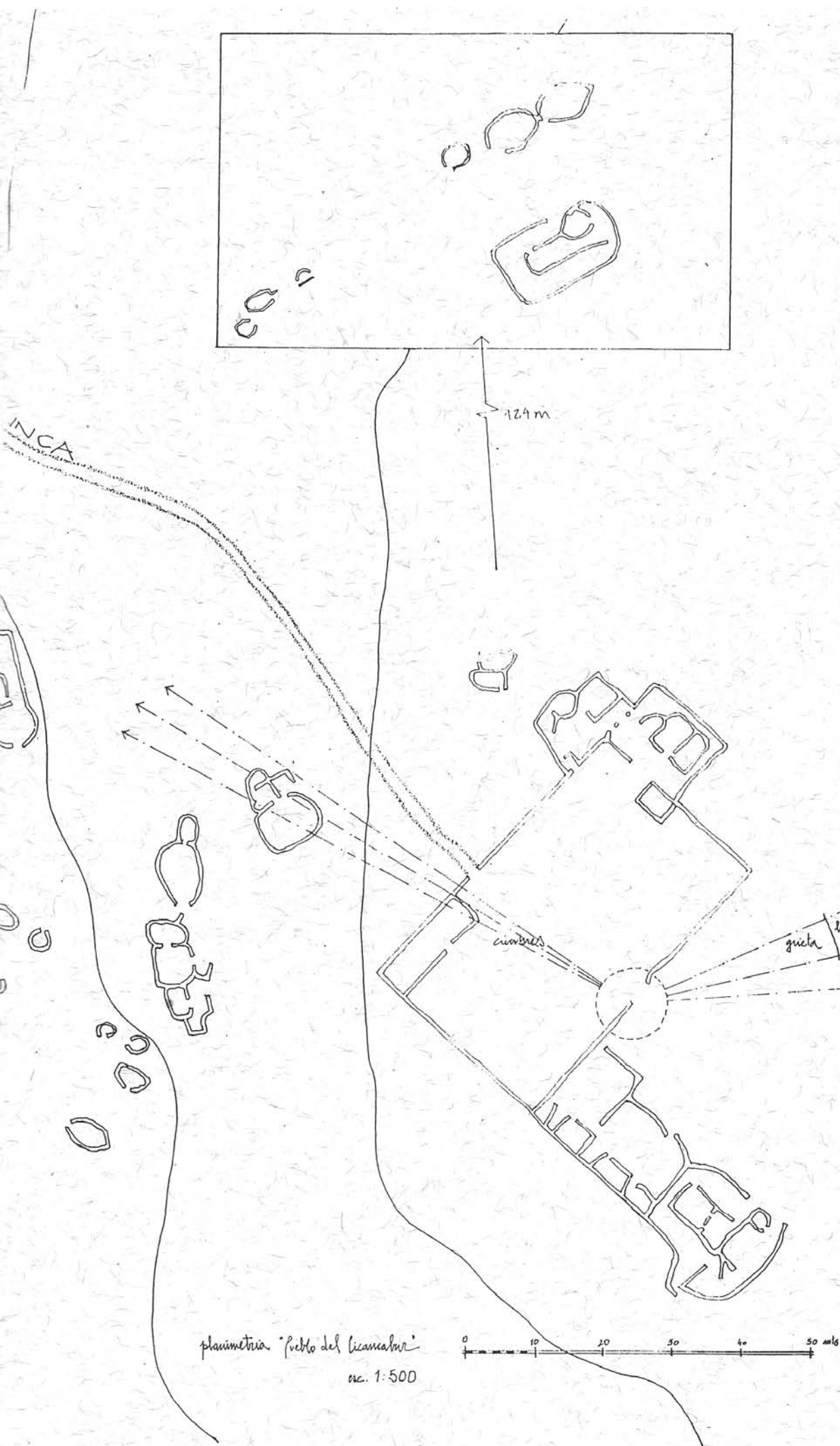
Las transformaciones climáticas hacia la dimensión de la divinidad, creaba la atmósfera de misticismo y se iban estratificando las jerarquías sacerdotales de los que culminaban el rito hacia el «lugar cumbre» en tránsito por la «puerta».

«(...) igualmente los chamanes tienen el poder de subir y de llegar al cielo por la «abertura central», mientras que para el resto de los hombres esta abertura les sirve únicamente para transmitir sus ofrendas(...).»

Mircea Eliade

Era costumbre de la zona realizar sacrificios de llamas blancas en regalo a la divinidad, sacrificio efectuado en el vacío perteneciente a la cíclica deidad. Además se han hallado en la cumbre piedras de río, y plantean que participaban en la convocatoria del





agua para la fecunda unión en lo agrícola. En la cima, la piedra central de una huaca circular, Reinhardt plantea, es común entre los centros incaicos, y tal vez simbolizaba el mismo cerro. Pero además de los posibles ritos que llevaron a cabo allí los chamanes en éxtasis de un entorno en transformación, el emplazamiento y las 23 estructuras en la cumbre, develan el respeto y la búsqueda del equilibrio de la tierra universal, en un lugar como el salar, donde las dualidades climáticas extremas, conducen naturalmente al caos. Existen estas dignificadoras huacas, suaves, apenas tocando la cumbre, no cobijos para el hombre que interviniera la fluidez del vacío de la divinidad, lo suficiente para definirle la «posición» en el espacio.

Este trazado en el piso, más que una construcción es un cariño hecho arquitectura, y devela la situación de respeto hacia todo el universo concreto y existencial que converge allí.

Dentro del lugar, concebido como individualidad, ocurre el converger del mundo, por ser propio de su situación de cumbre, pero al momento de dignificarlo a él y a las otras cumbres que también sostienen este vacío superior, se diverge en diálogo con la existencialidad universal.

«(...) la arquitectura comienza cuando el hombre decide donde emplazar su construcción(...)»

Louis I. Kahn



DESDE EL AGUA...

Alumnos: Francisco Aros F.
Claudio Galeno I.

*Prof. Tutor : Rolando Meneses C.

«(...) En verano una enorme nube negra se concentra en su cúspide para dar luego paso a un fuerte aguacero que cruza el salar y llega a Peine y Socaire. Entonces, el Quimal se transforma en una visión fantasmagórica, retorcido a la luz de los relámpagos, cruzado por los rayos que azotan sus costados(...)»

«La leyenda del Quimal»

Domingo Gómez Parra.

De alguna manera podríamos decir que antes de la conquista se veneraba el agua, como nuestra cultura podría deificar el oro, pero, el oro en sí no implica un hecho divino como lo es la fecundidad, ni tampoco es parte integral de nuestras vidas cotidianas, de tal forma que no lo sentimos como parte de nuestro ser. El agua es un recurso que no se puede saber con certeza, si nos será regalado o no por la naturaleza, aunque esté sujeto a etapas cíclicas que lo anuncian. Por esto mismo que el atacameño desde sus orígenes orienta su espíritu religioso en ese sentido, el sentido que da la vida y que se manifiesta como un estado de la naturaleza, un estado sagrado.

«(...) Se puede decir que los antiguos pueblos agro-alfareros de la zona tenían un

culto del agua por ser el elemento más importante de su vida, en relación con el agua se veneraron los cerros y las nubes que la proporcionaban y las almas de los antepasados (...)»

Grete Mostny

El agua como presencia divina se manifiesta simbólicamente en las montañas, en la cumbre y las vertientes que de ella descienden, y por otra parte en el espacio de las nubes que con truenos y relámpagos anuncian la presencia del vital elemento. Este hecho natural es la primera de las razones de la orientación que toma el simbolismo religioso de los pueblos agrarios. Es en esta dialéctica en que nubes, truenos, montañas y relámpagos montan el rito divino, el que es origen de vida, mientras el atacameño, principal espectador desde el sa-

lar, ve escuchado su ruego, en la actuación del territorio. «(...) Dentro de los aspectos referentes a la relación del hombre con la tierra (Pacha Mama), el agua está implicada con la vivencia del germen, lactancia y regeneración del hombre. Ella es la diosa de la fertilidad, su culto ya estrechamente unido al de la fecundidad; en realidad su culto se funde con el culto al cielo (el trueno... la lluvia sobre todo)(...)»

Boris Aguirre

El sedentarismo implica en forma lógica a la agricultura y a su vez la agricultura manifiesta a lo largo de su desarrollo la comprensión de los ciclos de la tierra divinamente dibujado en el proceso del fruto. La repetición de los ciclos, manifestados en la naturaleza, a través de diversas expresiones, halla su forma más dramática en el momento de la tormenta, se hace mítico el acontecimiento en que el cielo toca la tierra y la hace germinar. Podemos entonces afirmar que la naturaleza se manifiesta en forma ritual y el hombre es el espectador.

De alguna manera el Chamán cuando en su peregrinaje alcanza la huaca en la cumbre, y en ella enciende el fuego renovador y funde en éste sus ofrendas, lo que hace es elevar más al extremo de sus límites tangibles la esencia de su vida, entablando un vínculo como lo hace la lluvia que baja y se entrega al cultivo, pero esta vez en el sentido opuesto, es el hombre el que sube a la cima de la montaña y ofrece sus bienes y ofrendas a la naturaleza, que en este sentido opuesto es ahora espectador.

Esta forma ritual adquiere diferentes matices a lo largo de América y es tal vez el atacameño el más respetuoso en su manifestación ya que él no entrega la vida humana, sino, que lo hace en forma simbólica, al ofrecer una llama blanca en rito. A diferencia del azteca o inca él abstrae el sentido, en una llama o figura, en una piedra de río o en un canto sagrado o baile y así es una manifestación del hombre la que es entregada, compensando el rol de las partes.

«El hombre se entrega al territorio y el territorio hacia el hombre».

«(...) El talatur, nombre Kunza para una canción que se canta en lengua vernacular durante la limpieza de canales, reitera la idea de unión entre cielo y tierra. El canto monótono se refiere a las altas montañas, al agua, a la lluvia, a las conchas, etc. Es una rogativa cuyos ecos nos vienen de un pasado remoto de esta tierra, la cual aún resuena en las altas montañas del sector atacameño(...)»

Roberto Lehnert Santander

El rito cumple la función de dar gracias a la tierra y a la vez tiene como principal misión convocar la presencia, en un tiempo determinado, del ciclo de la lluvia, el ciclo que traerá la vida a la tierra y luego al hombre que de ella vive. Este ritual se desarrolla en una fecha determinada por el territorio o en un momento de gran necesidad y generalmente en el solsticio de verano cuando el Quimal atraviesa el salar en forma de sombra, para abrazar al volcán sagrado en

una mágica conjunción del salar, el astro sol (Inti) y las montañas. Se ha cumplido un ciclo y debe comenzar el siguiente, ya hemos sembrado, la tormenta abrazará la tierra, el sol entregará su calor, la semilla crecerá, dará frutos y luego morirá para luego volver a la tierra. Así, el territorio cumplirá sus ciclos y el hombre con ella.

El atacameño en cada una de sus acciones presenta una actitud de interacción con su entorno, entorno para él sagrado. Hace de esta forma ritual un constante hábito y en el ritual de lo habitual vive en armonía con su territorio y así encuentra un lugar donde ser parte de su universo. Podemos afirmar entonces que el ritual de lo habitual, es capaz de fijar al hombre dentro de su universo.

El espacio del europeo invasor, es un espacio arquitectónico hecho para él. En comparación, el espacio amerindio es construido para el mundo, de manera que este hecho construye una puerta de entrada al mundo, por la cual entra el hombre en su hábito ritual y dentro de este espacio encuentra su «yo», su «yo-mundo».

Para configurar un ámbito en el que el hombre actúa, primero debe existir un territorio que admita su presencia en él, actuando así como soporte de vida. En este sentido podemos hablar ya de agricultura como un sistema de subsistencia, hay aquí ya un diálogo con el territorio. Ahora debemos tomar la piel del atacameño y concebir como un hecho real, que «el territorio actúa», ya sea en su bene-

ficio o no. Esta acción del territorio sobre el hombre se manifiesta en un tiempo y momento específico y la observación de tales fenómenos naturales, adquiere un aspecto cíclico y habitual. El atacameño detecta este ritmo cíclico del medio y sus fenómenos naturales toman el rol de ritos del territorio.

Territorio-hombre-agricultura-cultura-rito-religión-universo.

«(...) El Licancaburno es algo, es alguien. Y si esto lo decimos nosotros hoy, si intuimos, si palpamos, casi toda la fascinación de su escénica mística, ¿Cómo no lo harían los antiguos para quienes todo vivía»(...)?

Borchia Nigris

El hombre materializa el tiempo en un hecho arquitectónico, materializa su universo existencial, todo esto en un lugar determinado del territorio. Conjugando así sus conceptos fundamentales de vida, en una mágica dialéctica de territorio, tiempo y espacio. Así lo hicieron los mayas en el palacio del gobernador en la ciudad de Uxmal, los aztecas en la pirámide del sol en Teotihuacán, y también los atacameños en sus santuarios de alta montaña, en el Salar de Atacama.

* (Extracto del Seminario: «Convocatoria Divergente: El ritual desde lo habitual»- Universidad Católica del Norte, Antofagasta, 1994)